

CHOQUITITO



EL LIBRO SAGRADO
DE LA DULZURA

CHOQUITITO

EL LIBRO SAGRADO DE LA DULZURA

PRÓLOGO

Palabras del Cronista del Viento

No todos conocen el origen de la palabra que sostiene nuestro mundo, y quizá no todos deberían conocerlo. Hay sonidos que nacen antes del habla y palabras que existen antes de ser pronunciadas. Yo he escuchado ambas y he aprendido que lo que antecede al lenguaje no es un simple murmullo perdido en el tiempo, sino una fuerza que moldea lo que somos, incluso cuando nadie recuerda ya su verdadero nombre.

He vivido lo suficiente para guardar aquello que otros dejaron caer en el olvido, y he olvidado lo necesario para no inquietar a quienes temen escuchar la verdad completa. Porque la verdad no es ligera: en manos torpes puede resquebrajar linajes, despertar sombras dormidas o desviar el destino de quienes avanzan sin saber que caminan dentro de una historia más antigua que su propio nombre. Por eso escribo estas palabras



en la quietud de la noche, cuando los vientos de **Nákara** recuperan su lengua primera y el cacao respira en la oscuridad como un corazón oculto que late bajo la tierra.

En los registros me nombran como el **Cronista del Viento**, porque dicen que escucho lo que otros apenas perciben sobre la piel: el susurro de las hojas antes de desprenderse, el lamento de las montañas cuando se abren en grietas, la risa tenue de los ríos al trazar un cauce nuevo. Pero incluso ese nombre es un velo, una sombra destinada a ocultar lo que en verdad soy, un título elegido para que nadie pregunte demasiado. Una palabra cómoda para que mi presencia no levante sospechas.

Porque soy algo más que un custodio de historias, soy el último que conoce el origen de **Choquitito**, el último que ha visto cómo esa palabra tan pequeña en apariencia puede contener un universo entero. Y sé que el tiempo se acorta y que quienes buscan apropiarse de ella ya han empezado a moverse. Por eso escribo para dejar constancia para que cuando mi voz se apague no se apague también la memoria del primer sonido que dio forma a nuestro mundo.

Antes de que el pueblo de **Chokán** hablara su propia lengua, antes incluso de que el primer kanú viera la luz o que los ríos

llevaran nombre, hubo un sonido. No fue un trueno ni un canto divino, sino algo más frágil, más puro: un murmullo pequeño, dulce y tierno, tan ligero que solo los oídos del mundo recién nacido pudieron captar su origen. Los ancianos de Nákara dicen que aquel sonido fue el eco del primer brote de cacao al romper la cáscara primordial que envolvía a la tierra. Un chasquido suave, un aliento tibio, una semilla abriéndose camino hacia la vida.

Aquel murmullo viajó durante eras, deslizándose entre raíces, cuevas, hojas nuevas y nubes que aún no entendían para qué servían las sombras; se mezcló con los vapores de la madrugada, con el olor húmedo de la tierra fértil y con la calidez de un amanecer que todavía no tenía nombre, convirtiéndose en el primer sonido que no provocaba miedo ni advertencia, sino —simplemente— una invitación al cuidado.

En la Lengua Antigua, un lenguaje que ya nadie habla salvo los Árboles más Viejos y el Viento cuando se aburre de estar solo, existía un vocablo suave: **Choki**. No era una palabra cualquiera, se pronunciaba con la boca apenas abierta y el corazón dispuesto, porque no se usaba para nombrar cosas, sino para nombrar sentimientos; con **Choki** se hablaba de lo

dulce, de lo amable, de aquello que debía ser protegido para que siguiera existiendo. Decir **Choki** era decir: “esto es bueno, esto es puro, esto merece seguir viviendo”, y no era solo una expresión, sino una forma de cuidar con la voz, de envolver lo frágil en sonido, de recordar que hay ternuras que no deben perderse, porque en cada palabra pronunciada con respeto se sostiene la memoria del mundo.

Cuenta la tradición que el viento, juguetón y siempre dispuesto a dejar su Huella, escuchó aquel vocablo una noche en que danzaba entre los mástiles de los viejos templos; y, divertido, decidió añadir su propia risa diminuta, un final travieso que llevaba consigo el sonido de lo Ligerero: **-tito**. Así, de la unión entre la ternura humana y la risa del viento, nació una palabra nueva: **Choquitito**.

Cuatro sílabas que resonaron primero en el vientre del bosque, luego en los labios de los primeros niños que aprendieron a hablar y, finalmente, en los Cantos Rituales que enseñaban a honrar lo pequeño; una palabra que significa lo diminuto, lo dulce, lo que merece cuidado, pero también algo más: un recordatorio de que las cosas más importantes del mundo no siempre nacen grandes ni fuertes, pues a veces

comienzan siendo apenas un susurro, y en ese susurro el mundo entero encontró su primera razón para ser tierno, para recordar que lo que parece frágil sostiene lo que después se vuelve inmenso.

Los **Chokaní** no crearon la palabra: la recibieron. Fue un regalo, aunque nadie pueda decir con certeza de quién. Algunos lo atribuyen al bosque, otros al susurro de los ríos antiguos, y hay quienes juran que provino del cielo mismo, en una época en que las Estrellas aún conversaban con los mortales.



Fueron los **Mirak'tul**, el llamado pueblo invisible, quienes la escucharon primero, no invisibles por magia sino por costumbre, pues vivían entre las raíces ocultas, en grietas que se abrían solo cuando querían ser vistas, en senderos que desaparecían tras sus pasos, y eran guardianes silenciosos de lo diminuto, expertos en observar lo que otros ignoraban: la respiración de un brote recién nacido, la danza imperceptible de una mota de luz, la forma en que una gota de rocío decide dónde caer.

Dicen que la palabra les llegó una madrugada remota, cuando la niebla descendía a los valles circulares como si bajara

a inspeccionar el mundo, aquella niebla —a la que las crónicas llaman **Numa**, la Señorita Blanca— envolvió a los **Mirak'tul** y habló en su lengua susurrada:

“lo pequeño es grande cuando se honra”, ese mensaje quedó grabado en sus corazones como una ley, y desde entonces los **Mirak'tul** adoptaron la palabra, la moldearon con su aliento y la compartieron solo con quienes mostraban respeto por lo diminuto, así la palabra viajaba sin ser enseñada, aparecía en sueños, en ecos, en gestos, no se transmitía: se revelaba.

Más tarde, los **Sirián**, viajeros y navegantes incansables de dunas y estuarios, cruzaron las tierras del cacao y escucharon la palabra en los labios de los **chokaní**, y no fue un encuentro casual sino un instante que parecía preparado por la memoria del mundo, pues los **Sirián** eran errantes, recopiladores de historias y recolectores de sonidos raros, atentos a cada murmullo que otros dejaban escapar, y cuando oyeron **choquitito** no la repitieron, la guardaron primero en el pecho como hacen los sabios con las cosas que tienen valor, y en ese silencio la palabra se volvió semilla, esperando el momento de germinar.



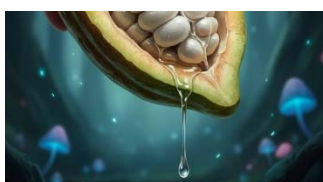
Al continuar su travesía más allá de las fronteras conocidas, la palabra viajó con ellos, se escondió en sus cantos nocturnos, en las marcas que dejaban sobre la arena, en los relatos que compartían alrededor del fuego, y así fue extendiéndose sin ser enseñada, apareciendo como un susurro en los sueños de quienes los escuchaban, como un eco en los estuarios que recorrían, como un gesto en las manos que se abrían para recibirla, hasta que **choquitito** dejó de ser solo un sonido y se convirtió en un modo de recordar que lo pequeño sostiene lo inmenso, que lo frágil abre camino a lo eterno.

En los mercados de arenas rojas, donde los niños corrían entre puestos de especias, en las aldeas flotantes del norte donde el viento traía olor a resina y sal, incluso en las cavernas de luz azul donde se hablaba poco y se escuchaba mucho, allí también la palabra floreció, y no lo hizo como un grito ni como una enseñanza impuesta, sino como un murmullo que se dejaba encontrar por quienes sabían escuchar.

En cada región, pese a los acentos, las costumbres o las manos que la pronunciaban, **choquitito** conservaba el mismo sentido: nombrar lo frágil, lo adorable, lo que merece ser custodiado, y esa constancia era como un hilo invisible que unía

a pueblos distintos, recordándoles que compartían una raíz común. Una herencia que nadie pidió pero que todos entendieron, como si el mundo, una vez más, hubiera decidido recordarnos que las cosas pequeñas son las que sostienen a las grandes, que lo que parece leve es en verdad lo que mantiene en pie lo inmenso, y que en lo diminuto se esconde la fuerza que da forma al destino.

La pulpa del **Kanú** joven guarda una dulzura tan pequeña que casi es tristeza, no es la dulzura brillante del fruto maduro



ni la fragancia cálida que llena los templos durante las ofrendas, es una dulzura tímida, casi silenciosa, que

parece disculparse por existir antes de tiempo, una dulzura que se esconde como si supiera que aún no está lista para enfrentar la luz del sol, y en ese ocultamiento late una promesa, un germen de lo que algún día será plenitud, como si el mundo quisiera recordarnos que incluso lo que parece incompleto guarda en sí la semilla de lo eterno.

Los **chokaní** la llamaban **Mirié**, y aunque muchos forasteros creen que es el nombre de una persona, los hijos de **Nákara** saben que no es un nombre sino un principio sagrado,

pues **Mirié** significa la ternura de lo que está naciendo, la vibración suave que recorre a todo ser en su primer instante, la raíz que duda antes de romper la tierra, la larva que tiembla antes de abrir alas, el niño que inspira antes de llorar por primera vez, y en esa vibración se guarda la memoria de todos los comienzos.

Para los ancianos, **Mirié** era más que un sabor y más que una palabra, era el recordatorio de que el inicio de todas las cosas siempre está hecho de fragilidad, y decían que quien probaba la pulpa joven del **Kanú** podía sentir —aunque fuera solo durante un parpadeo— la misma incertidumbre que habita en todo nacimiento, y por eso la trataban con un respeto casi reverencial, porque en lo pequeño, afirmaban, vive la promesa del mundo, y en esa promesa se sostiene la certeza de que lo frágil es también lo que abre camino a lo eterno.

La palabra **Choquitito** nació impregnada de ese espíritu. No resonaba para engrandecer, sino para proteger. No era proclamación, sino caricia. Los Chokaní la pronunciaban en rituales, en cantos, en bendiciones, para recordar que toda grandeza nace pequeña, y que lo pequeño debe ser



honrado para que pueda crecer sin romperse. Por eso, durante la **Ceremonia del Primer Fuego**, cada aprendiz del clan recibía un grano de cacao recién abierto. Debían sostenerlo sin apretar, con la misma delicadeza con la que se sostiene un latido. Diez respiraciones, ni una más ni una menos. Y mientras las chispas del fuego ascendían, los ancianos recitaban:

“Todo lo grande fue frágil. Todo lo fuerte fue tierno. Todo lo que es... fue primero mirié.”

Su nombre era **Kairu**, el más joven de su grupo y, según muchos, el menos preparado. Sus manos eran pequeñas, pero no por la edad: parecía que se aferraban al mundo con miedo de soltarlo. Caminaba despacio, observándolo todo, preguntándolo todo. Algunos admiraban su curiosidad; otros la confundían con debilidad.

La noche de su iniciación, el aire estaba cargado de humedad. El fuego del ritual crepitaba con un brillo rojizo, y el aroma del



cacao recién abierto envolvía el claro del bosque como un manto antiguo. Cuando el anciano **Mairu** colocó la vaina en la mano de Kairu, el muchacho sintió que el grano latía, como si guardara un diminuto corazón. Mirié, pensó.

Lo frágil. Lo naciente. Lo que tiembla... igual que él.

Pero en la octava respiración, su mano tembló demasiado. El grano resbaló, cayó al suelo y rodó hasta detenerse junto a los pies del anciano. El silencio que siguió fue tan profundo que parecía que incluso las hojas dejaron de moverse. Algunos aprendices escondieron una sonrisa furtiva. Otros desviaron la mirada para no presenciar su humillación. Kairu sintió que la vergüenza le subía por la garganta como un nudo ardiente.

El anciano Mairu no lo reprendió. No levantó la voz. Simplemente se inclinó, recogió el grano con una ternura que nadie esperaba de un hombre tan viejo y lo devolvió a la palma temblorosa del muchacho.

—¿Sabes por qué lo has dejado caer? —preguntó.

Kairu negó, con la vista empañada.

—Porque aún no entiendes que tú también eres Mirié. Y no pasa nada por temblar cuando se nace.

El anciano cerró los dedos del niño alrededor del grano, no para que lo sujetara fuerte, sino para que sintiera su calidez.

—Escucha esto, Kairu: Toda grandeza nace pequeña. Y lo pequeño, cuando es honrado... sostiene mundos enteros.

Algo se encendió dentro del muchacho. Un fuego distinto al del ritual. Un fuego que no quemaba, sino que daba valor. Esta vez, al repetir las respiraciones, Kairu no tembló. Y cuando terminó, el anciano Mairu se volvió hacia el resto del grupo:



—Recordad este día. Porque de todos vosotros, él es el único que ha sentido a Mirié en su propia piel.

Años después, cuando los relatos hablaban de los grandes guardianes del cacao, se decía que ninguno tenía un corazón tan firme como aquel que, de niño, dejó caer un grano por temblar... y aprendió a levantar el mundo desde lo pequeño.

He visto cómo la palabra pasa de boca en boca sin que muchos entiendan su origen. Se juega con ella, se repite por costumbre, se dice como si fuera ligera... pero no lo es. En sus comienzos fue solamente un juego del viento, un sonido travieso nacido entre la pulpa del cacao joven. Sin embargo, con los años se convirtió en algo mayor: en raíz que sostiene tradiciones, en idioma que atraviesa generaciones, en historia

compartida que palpita en cada mercado, en memoria viva que se niega a desvanecerse.

Es un puente. Un hilo que une a Mirayá, a los clanes viejos, a los templos del fuego y a la dulzura que da identidad al pueblo Chokaní. Pronunciarla es recordar de dónde venimos.

Si alguna mañana escuchas un sonido pequeño, dulce y tierno, casi como una risa que no pertenece a ningún niño... ese seré yo. No te alarmes. No vengo a pedir nada, ni a advertirte, ni a recordarte tus obligaciones. Vengo solo a murmurar lo que siempre ha sostenido a este pueblo: “lo pequeño importa”.

Porque mientras exista un corazón capaz de decir “Choquitito” con dulzura —sin burla, sin prisa, sin desgaste—, la memoria de mí seguirá viva. Y cuando digo “de mí” no hablo de mi nombre, ni de mi cuerpo, ni de mis pasos sobre la tierra. Hablo de aquello que he custodiado durante generaciones: el primer susurro, la primera ternura, la primera fragilidad que dio forma a nuestro mundo.

Puede que me escuches en medio del bosque, cuando el viento pase entre las hojas del cacao joven. O quizás al

amanecer, cuando la niebla baja al valle y se posa sobre las chozas como un manto de secretos antiguos. O incluso en tu propia casa, cuando nadie más esté despierto y el silencio sea tan grande que puedas distinguir los sonidos que normalmente se esconden detrás del ruido de la vida.

No esperes una voz clara. No esperes palabras enteras. A veces me cuelo en un suspiro, en un crujido leve, en un eco que no sabes de dónde viene. Otras veces solo seré una sensación: un cosquilleo en la nuca, una calidez inesperada en la palma de tu mano, como si alguien —o algo— te estuviera recordando que la ternura no se puede olvidar.

Si alguna vez notas que el viento te roza con suavidad, como si te acariciara... no lo dudes: es mi forma de asegurarme de que el hilo no se rompa, de que la palabra siga teniendo el peso que merece, de que no se vuelva hueca ni se pierda entre voces que la pronuncian sin sentirla. Porque la palabra no sobrevive por repetirse, sino por honrarse. Y mientras haya alguien que pronuncie Choquitito con la misma inocencia con la que nació, yo seguiré aquí. En los valles. En los frutos. En las risas que nacen sin motivo. En cada ser que empiece pequeño. No me busques con los ojos: no me verás. Pero si aprendes a escuchar,

sabrás cuándo estoy contigo. Y cuando estés a punto de olvidar quién eres, o de olvidar lo importante, o de hacerte grande demasiado rápido... te devolveré una risa diminuta, una que no pertenece a ningún niño. Para recordarte que tú también fuiste Mirié, y que, en el fondo, lo sigues siendo.

Muchos lo llaman El Cronista del Viento, pero para quienes lo conocen de verdad, su nombre es **Tul'marek**.

En la lengua ancestral:

tul = viento, **marek** = Memoria.

De ahí su significado:

Tul'marek = “Memoria del viento”.



No es un título antiguo ni un cargo heredado por capricho. Es el nombre que recibe cada descendiente destinado a custodiar la historia viva del pueblo chokaní. Y él es el último de esa línea.

A diferencia de sus predecesores, Tul'marek no es un anciano cubierto de años y secretos, sino un joven de veintiséis años, inquieto, observador, lleno de preguntas que duelen. Creció escuchando relatos al fuego, viendo a su padre y a su abuela anotar historias, mapear senderos, registrar nacimientos,

muertes, rituales y sonidos del viento. Creció sabiendo que, algún día, el peso de todas esas memorias recaería sobre sus hombros. Y ese día llegó demasiado pronto.

Desde pequeño poseía una sensibilidad que los ancianos reconocieron con un vistazo: Tul'marek era capaz de escuchar lo que otros solo sentían rozar la piel. Distinguía el cambio en los vientos, el tono de la brisa cuando venía cargada de lluvia o de historias, el mismo susurro que siglos atrás sus antepasados habían aprendido a descifrar.

Pero él no heredó el rol por tener un don. Lo heredó porque su familia —una larga cadena de cronistas que se extendía más allá de la memoria registrada— llevaba generaciones recopilando: los relatos del pueblo de Chokán, los orígenes de Choquitito, los mitos del cacao sagrado, los caminos de los clanes, los nombres de las criaturas, las leyendas del valle, y los hábitos de la gente que convivía con la tierra. Lo escribían no para acumular saber, sino para guardar una identidad.

Tul'marek es el último guardián de ese legado. Sus manos aún son jóvenes, pero sostienen pergaminos viejísimos. Su voz aún tiembla a veces, pero en ella habitan voces que llevan siglos hablando. Su corazón aún arde con dudas, pero late al ritmo de



una tradición que nunca ha dejado de contar su historia. Él no recuerda por sí mismo: recuerda por todos. Por sus antepasados, por los clanes, por los niños del valle, por quienes vendrán.

Y aunque muchos piensan que un cronista debería ser viejo para entender al mundo, Tul'marek demuestra lo contrario: a veces es precisamente la juventud la que escucha mejor lo que el viento intenta decir. Es él quien narra esta historia. Es él quien ha heredado el hilo del primer susurro. Y mientras siga respirando, mientras siga escuchando, mientras siga escribiendo, ninguna palabra dulce ni ningún origen pequeño se perderá jamás.

